

MAYO DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

MODERNISMO

El Nuevo Mercurio, en el primer artículo de su segundo número, hace las siguientes preguntas:

1.^a ¿Cree usted que existe una nueva escuela literaria ó una nueva tendencia intelectual y artística?

2.^a ¿Qué idea tiene usted de lo que se llama modernismo?

3.^a ¿Cuáles son entre los modernistas los que usted prefiere?

4.^a En una palabra: ¿qué piensa usted de la literatura joven, de la orientación nueva del gusto y del porvenir inmediato de nuestras letras?

La cuestión es varia y, perdónesenos, mal planteada. Es claro que el modernismo existe, como el significado mismo de la palabra lo dice: lo novísimo. Cada generación tiene que traer novedades que desconocieron las anteriores. Y esto tiene que ser. ¿Se puede pensar y sentir ahora como sintieran Bakiledes ú Horacio, Fray Luis de León, ó Byron? ¿Refiriéndonos aquí—
—mexico—Juan Díaz Covarrubias ó Alta-

mirano? Ciertó es que hoy un bello paisaje es lo mismo que ayer. Pero el fuero interno humano no es el mismo. El pensamiento se ha modificado. La sensación también se ha modificado. Difícil nos es comprender hoy á un *sansculotte* de ayer. Hemos circunscrito la libertad de nuestros abuelos y cada día más se irgue frente al derecho el deber. No se ha escrito otra Iliada, ni se escribirá otra Divina Comedia. Creo, en cambio, que llegará á escribirse otro *Manfredo*. El poeta de dentro de veinte siglos más tendrá que ser, no sólo *modernista*, sino modernísimo. Porque este vocablo, del que han hecho una palabreja de designación de escuela nueva, especialmente los menos aptos en letras, no significa sino lo flamante en literatura, y puede, con toda facilidad, haber modernista que nos sirva nuevas aspiraciones ó ideales en vasos de forma vieja, sin que esto implique que deje de florecer en lo porvenir poeta que sorprenda á todos con moldes nuevos. El primer pastor caldeo que

observó las estrellas, fué el primer astrónomo. ¿Será el último Leverrier porque ya no tengamos nuevos planetas en nuestro sistema? Creo que ya tenemos lo bastante para creer en escuelas de literatura, pero creo, también, en tendencias literarias eternamente renovadas. ¿Cómo la llamará la futura generación? ¿Cómo los subsiguientes? La vida humana es breve, pero así es buena. La inmortalidad mataría la poesía. La muerte, en su impenetrable misterio, es la piedra de toque. ¡Modernismo! Ya lo creo que existe; á pesar de ser un viejo, estoy convencido de que el mundo no nació conmigo, ni morirá conmigo. *Rara avis*. El siglo XIX se abrió con la revolución francesa á la vida del espíritu. El siglo XX con la idea de humanidad bien definida por el estado y el trabajo. Los pueblos unidos harán la familia, no la familia los pueblos, como hasta hoy.

El modernismo no es, en una palabra, más que la tendencia, ascendente, humana, sin más arma que el Yo, único origen verdadero de todo progreso.

¿Tienen un porvenir inmediato las letras? Mediato ó inmediato lo tienen sin duda. El progreso es indefinido y lo bello lo más positivo de él. La fauna es varia y así lo es la humana raza. Entre los llamados literatos se ve aún mayor variedad. Siempre junto á un Díaz Mirón, existirá un *Caballero*. Esto es ineludible mientras se crea ó se quiera creer que el arte es un oficio.

Cuando yo era joven, veía palpar en mis compañeros el nuevo ideal, y nos enfrentamos á la vida como pequeños Davidés al gigante. Hoy viejo, veo lo mismo á la juventud.

La considero más apta y mejor armada para la lucha. Las fuerzas son las mismas; sin embargo, el campo no ha variado mucho. Pero pensará mejor, sentirá mejor, triunfará mejor. Para no creer en un porvenir mediato ó inmediato de las letras, se necesitaría que nosotros nos lleváramos el pensamiento ó que hubiéramos encontrado el secreto de suprimir el dolor. ¡Ay! desgraciadamente transmitimos lo que hemos heredado. El dolor y la muerte. Si es verdad que hay un Dios, estamos salvados en nuestros pósteros por la bondad y por la belleza, que hemos perseguido en nuestra breve existencia.

No concibo el fin del arte. Mi juventud ha muerto. ¡Viva la juventud!

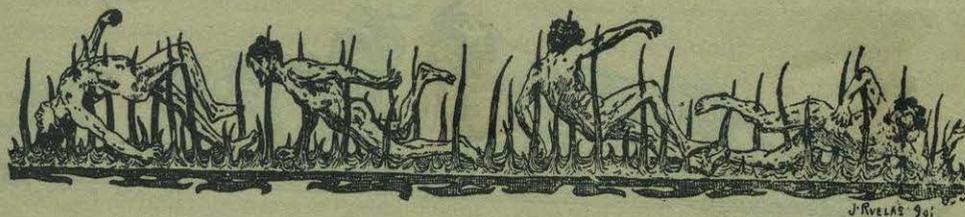
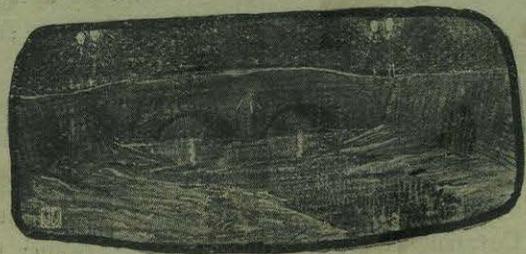
En una palabra, contesto á la primera pregunta de «*El Nuevo Mercurio*,» que, aunque Escuela y tendencia no son lo mismo, creo en el modernismo.

A la segunda: lo que he expresado brevemente en este artículo.

A la tercera: tendría que hacer una lista muy larga de ellos.

La cuarta: queda contestada con las palabras anteriores.

JESÚS E. VALENZUELA.



DE "ODAS BREVES"

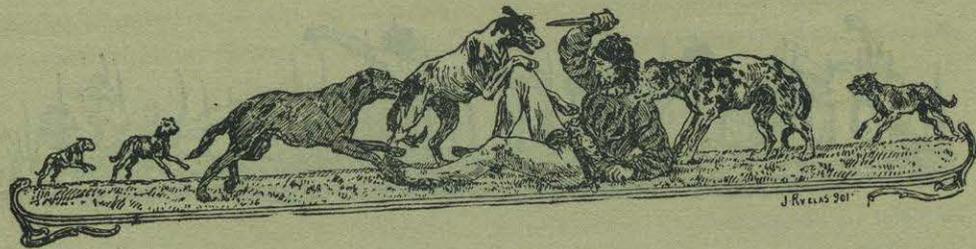
A una artista.

En vano busco la gentil guirnalda
que á mi frente ciñeron los amores:
¡El tiempo la agostó! Mas, á tenerla,
súbite de mis manos la arrancara,
é hincando la rodilla temblorosa,
las flores de Corinto deshojara
en su ancha copa de marfil, ¡oh Diosal!

¡Oh predilecta del divino Orfeo!
¡Oh reina de las brisas que susurran
en los délficos huertos! Para oírte
interrumpen los dioses sus banquetes,
calla, suspenso, el apolíneo coro,
y tu canto nupcial, en lira de oro,
acompaña el gallardo Meisagetes!

¿Quién á tu voz resiste, si encadenas
con vínculos de amor el albedrío?
Ulises, para oír á las sirenas,
atábase en el mástil del navío.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
(Duque Job).



IBSEN Y KIERKEGAARD

El nombre de Ibsen suscita en mí desde luego el nombre, entre nosotros casi desconocido, del espíritu humano que más hondamente influyó en el suyo, el de Soeren Kierkegaard, alma congojosa que acuñó con su sello ardiente á toda la juventud espiritual de la Dinamarca y la Noruega de mediados del siglo último. Fué el crítico de Ibsen, Brandes, quien me llevó á conocer á Kierkegaard, y si empecé á aprender el danés traduciendo antes que otra cosa el «Brand» ibseniano, han sido las obras de Kierkegaard, su padre espiritual, las que sobre todo me han hecho felicitar-me de haberlo aprendido.

Decía Proudhon que todo problema se reduce en el fondo, á un problema teológico, queriendo decir, sin duda, religioso, y lo cierto es que, en el fondo de la dramaturgia de Ibsen, esta es la teología de Kierkegaard, de este corazón tan esforzado como angustioso, que presa durante su vida toda de una desesperación resignada, luchó con el misterio, con el ángel de Dios, como luchara antaño Jacob con él, y bajó al reposo final después de haber estampado con fuego la verdad en la frente seca y fría de la Iglesia oficial de su patria.

La dramaturgia de Ibsen es una dramaturgia más religiosa que ética ó que estéti-

ca en sus últimas raíces, y no es fácil que la sientan en su fuerza toda, los que no han pasado de la concepción estética y á lo sumo de la ética. Y si no lo comprendemos así aquí, es porque llamamos religión á una mezcla de supersticiones mitológicas y de política.

«La cristiandad no hace sino jugar al cristianismo,» exclamó Kierkegaard, y sostuvo contra todo y contra todos su amor salvaje á la verdad, á la verdad sentida, y no sólo concebida lógicamente, á la verdad que es vida, aquel noble solitario entre los hombres. Brand, el Brand ibseniano, es su reflejo en el arte dramático, y cuanto dure Brand durará Kierkegaard.

No comprendo que puedan llegar al condensado meollo de la dramaturgia ibseniana, los que no hayan pasado por las tormentas espirituales porque pasó el solitario teólogo de Copenhague, suscitándolas más luego en el alma también atormentada y congojosa de Ibsen, otra víctima del mal de ojo de la Esfinge.

Inés recuerda á Brand en el drama ibseniano aquellas terribles palabras bíblicas que Kierkegaard solía recordar, aquella sentencia: de quien ve á Dios se muere.

En las doctrinas de Kierkegaard, respecto á la relación entre los dos sexos huma-

nos, al amor y al matrimonio, tal como las expuso, sobre todo en su «O lo uno ó lo otro,» y en sus «Etapas del camino de la vida,» está el germen de la manera cómo vió Ibsen esa relación en la realidad de la vida. Pues no sirve decir que en un drama no hay doctrina filosófica ó religiosa. Podrá no haberla predicada y expuesta didácticamente, pero el autor vió la realidad que traslada á través de los cristales de una filosofía ó de una religión, y si no la vió así, no vió nada que merezca perpetuarse.

Y en estos nuestros países en que esa relación sexual se entiende y siente ó del modo más ramplón ó del modo más grosero, ó ya litúrgica ó ya sensualmente, en estas desdichadas tierras espirituales corroidas por el más infecto esteticismo proteico, la ética ibseniana tiene que ser, por fuerza, un misterio indescifrable. Donde hallan boga las patochadas de un D'Annunzio, y donde el colmo de la emancipación de prejuicios es el llamado amor libre, no es posible que sean bien comprendidos, ni menos sentidos los sacudimientos de Ibsen.

Y en los demás respectos ocurre lo mismo. Porque no es el amor sexual el eje de la dramaturgia ibseniana, y hasta en aquellos de sus dramas donde ese amor juega un papel, no es fin y término único del conflicto. El hacer de ese amor la ocupación más honda de la vida, es cosa que ha nacido, más bien de la sensualidad, de la limitación mental y espiritual de los pobres pueblos azotados por el sol. Para ellos la tentación bíblica, la del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, con cuya comida se habían de hacer como dioses nuestros primeros padres, se ha convertido en tentación carnal.

Yo no sé bien en qué consiste, pero la experiencia me ha enseñado que, por acá al menos, la concupiscencia de la carne ahoga á la soberbia del espíritu.

Y los héroes ibsenianos son soberbios, prometeicos, y son castos como todo héroe.

Por aquí se siente una secreta repugnancia hacia «el pato salvaje,» y lo que llamamos belleza no pasa de ser una alcahueta de la cobardía y la mentira. Lo que entre

nosotros se llama arte, no suele pasar de ser sino la verde capa florida que encubre y protege el charco de aguas estancadas y mefíticas portadoras de la fiebre consuntiva. Los «soportes de la sociedad» lo necesitan contra el «enemigo del pueblo.» «Ne quid nimis» repiten los miserables frente al «O todo ó nada» de Brand.

«Quéjense otros —decía Kierkegaard— de que los tiempos son malos; yo me quejo de que son mezquinos, por faltarles pasión. Los pensamientos de los hombres son quebradizos como alfileres, y ellos, los hombres mismos, tan insignificantes como costureras. Los pensamientos de sus corazones son demasiado miserables para ser pecaminosos. Un gusano podría tal vez tener por pecados semejantes pensamientos, pero no un hombre creado á imagen de Dios. Sus placeres son discretos y pesados, sus pasiones soñolientas; cumplen sus deberes estas almas de especieros, pero se permiten, como los judíos, recortar el dinero; se creen que aunque nuestro Señor lleve sus libros en toda regla, se le puede meter moneda falsa de peso. ¡Fuera con ellos! Y he aquí por qué se vuelve siempre mi alma al Antiguo Testamento y á Shakespeare. Allí se siente que son hombres los que hablan; allí se odia; allí se ama; allí se mata al enemigo, se maldice á su descendencia por generaciones; allí se peca.»

Leído esto, ¿no os explicáis la moral heroica de la dramaturgia ibseniana?

Y no hablo de anarquismo, porque éste ha llegado á ser entre nosotros, en fuerza de tonterías y de brutalidades, una palabra sin sentido claro.

Y ahora decidme, ¿creéis que son capaces de pecar todos esos mozos aprovechados que van para ministros ó para académicos? Sus aspiraciones son demasiado miserables para ser pecaminosas.

Y tampoco, mis jóvenes, vayáis á creer que el pecado se concentre sobre todo en el orden de la sexualidad, ¡no! No puede decirse que fuera un pecador bíblico, shakespeariano ó ibseniano, aquel estúpido fanfarrón de Don Juan Tenorio, tonto á carta

cabal, y si no se lo hubiese llevado á tiempo la sombra del Comendador, le habriais visto, anciano respetable, defendiendo el orden, las venerandas tradiciones de nuestros mayores, la libertad bien entendida y el «pan y catecismo,» y asistiendo piadoso á las solemnidades de su cofradía. Su inteligencia de carnero no daba para más.

*
**

¿No es para honrar la memoria de Ibsen, para lo que aquí se nos convoca? ¿Sí? Pues tratemos de despertar entre nosotros, ya que estamos reunidos á su nombre, algo del espíritu de su espíritu, sin limitarnos á hablar del literato como tal mero literato, con esa pestifera indiferencia literatesca hacia el meollo y juego ético y religioso de sus concepciones. Esto no es digno de él ni de nosotros. Eso debe quedar para los que sólo trataron de hacer arte, para los repugnantes esteticistas.

No he de hablar de su estilo, pues, ni de su técnica. No sé qué tal es su técnica teatral ni me importa saberlo. La técnica teatral y todo ese galimatías de si un asunto es ó no dramatizable, se reduce á la mezquindad de buscar el cobro de trimestres. Si un drama de Ibsen gustase al público de nuestros teatros, empezaría á dudar de su excelencia.

No he visto, gracias á Dios, representado ningún drama de Ibsen; no lo he visto enfangado en el espectáculo, en compañía de un montón de hombres y mujeres que no han de morir por haberle visto á Dios la cara. No he padecido el tener que oír, saliendo de su representación, las eternas é insoportables tonterías de si este ó el otro caracter está ó no bien sostenido, ó si es ó no verosímil esta ó aquella escena.

La verosimilitud se reduce para esos señores y señoras á la vulgaridad. Ante el caso de conciencia del héroe, se preguntan: «¿qué haría yo en semejante caso?» y al responderse: «todo, menos lo que él hace,» concluyen que es inverosímil. No gustan de

ver excepciones, porque la excepción les afrenta. No, no he oído al señor que acaba de estrenarse en el Parlamento — otro teatro — diciendo si ó no como Cristo le enseña, decir, después de haber oído las palabras de fuego de Brand, que este pastor de almas noruego, no es real porque él, el buen monosilabista, no se encontró jamás al recorrer el distrito con un Brand, y si pasó junto á él no le conoció, porque Brand no da votos. «La victoria de las victorias, es perderlo todo,» grita Brand, y esto no lo entienden. . . . esos.

Hay quienes van al teatro, los más, á ver y oír lo que ven y oyen todos los días, sólo que literatizado y estetizado un poco, á mirarse en el espejo de la realidad cotidiana, y por eso no voy yo allí. Los sujetos allí representados son los mismos que me están amargando y atosigando de continuo la vida. No encuentro en ésta ni héroes ni almas tormentosas, ibsenianas, y en nuestro teatro tampoco las encuentro. Las arrojaría de allí nuestra honrada burguesía á nombre del buen gusto, de ese apestoso y repugnante buen gusto. No quieren los buenos saduceos que se les agrie la digestión nocturna.

Sea, pues, mi conmemoración hoy y aquí de Ibsen una protesta en su espíritu, una protesta contra la miserable farándula del buen gusto y del «ne quid nimis,» una protesta contra la mezquindad de estos tiempos en España, de estos miserables tiempos españoles, en que el venerando nombre de Ibsen, y con él el no menos venerando de Nietzsche, sirven para proteger la desaprensión que se emplea en cazar destinos ó posiciones sociales.

No celebramos á un literato, no.

Ibsen, el solitario, el fuerte — nadie es más fuerte que quien está solo, dijo Schiller y él lo repitió, — Ibsen, el gran desdeñoso — desdeñoso como Carducci, otro espíritu radiante que acaba de sumergirse en las sombras de la muerte, — Ibsen no fué lo que aquí llamamos un literato, no, no lo fué.

Ibsen forjó su espíritu en el duro yunque de la adversidad, lejos de las embrutecedoras tertulias de los cotarros literarios, des-

terrado y solo; solo y lleno de fe en si mismo y en el porvenir; solo y fuera de esa llamada república de las letras que no pasa de ser una feria de gitanos y chalanés.

Ibsen no derogó, no entró en el vil cambalacheo de los bombos ni en el degradante hoy por mi y mañana por ti, sino que esperó tranquilo, no su hora, sino la hora de su obra, la hora de Dios, sin impacencias y sin desfallecimientos.

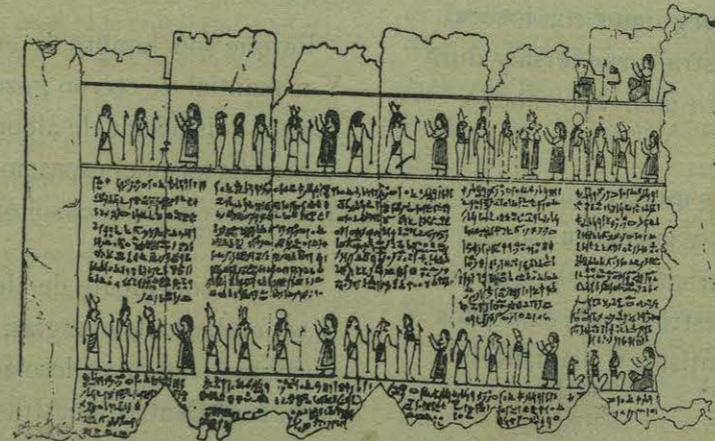
Esperó á que se hiciera su pueblo de lectores recogidos en vez de hacerse al disipado público desde luego. Y así fué su vejez, como ha sido la de Carducci, una solemne puesta de sol en claro cielo, sobre los *fior-*

dos de su patria coronados por nubes en ascuas de oro.

Su vida fué un poema dramático de brava independencia, así como la de Kierkegaard, su maestro, había sido un poema trágico de heroica soledad.

La soledad es la solución favorita en los dramas ibsenianos, la soledad es el refugio de aquellas almas robustas y soberbias que pasan cantando el mar muerto de las muchedumbres que bajo el yugo de la rutina se ocupan en crecer y multiplicarse satisfaciendo á la carne esclavizadora y estúpida.

MIGUEL DE UNAMUNO.





MUJERES Y LIBROS

A Francisco M. de Olaguibel.

Bellas mujeres de blanca
Deslumbradora y fino cuello,
Que perseguimos con locura
Por vuestra carne tersa y dura
Y vuestro undívago cabello;

Lindas mujeres de vestidos
De seda y lana coruscantes,
Que acariciáis nuestros sentidos
Con vuestros senos exhibidos
Entre batistas y diamantes;

Libros que sois amigos fieles,
Y que en tallados anaqueles
Nos conserváis vuestro tesoro
De raros broches, blandas pieles,
Suave papiro y cantos de oro;

Libros ornados de iniciales
Rojas y artísticas viñetas,
Que en vuestras páginas liliales

Los pensamientos inmortales
Guardáis de sabios y poetas;

Porque sois lumbre de entusiasmo
Y manantial de eterno gozo;
Porque sois néctar de alborozo
Y sacudís hasta el espasmo,
Y conmovéis hasta el sollozo;

Porque sois fuente de alegrías
Y estimulante de energías,
Y en nuestras rutas desoladas
Sois, cual Beatriz, nuestras amadas,
Y, cual Virgilio, nuestros guías;

Porque sois foco de ambiciones
Y dulce fruto de placeres
Y fuerte vino de emociones,
Porque sois prisma de ilusiones,
Os amo, libros y mujeres.

EFRÉN REBOLLEDO.

San Francisco California, marzo de 1907.

(nédito).



PALABRAS

pronunciadas

en la manifestación de la juventud literaria del miércoles 17 de Abril de 1907,
en la ceremonia de la Alameda.

«No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
algo, en la urna diáfana del verso,
piadosa guardará la poesía!»

Señores: así cantó Gutiérrez Nájera proclamando su derecho a la inmortalidad. Su espíritu quedó consubstanciado en el verso, y como el verso es perfume, y color, y dulzura, y suavidad, y armonía, ese espíritu vive y palpita aún para embriagar todos nuestros sentidos, para hacernos amar a aquel poeta excelso, transmitiendo nuestra admiración a las generaciones futuras.

De la sinceridad y la grandeza de ese culto por Manuel Gutiérrez Nájera, viene a responder esta manifestación solemne. Nada más hermoso que esta iniciativa de la juventud; nada más hermoso que este acto, acaso el primero de su índole, entre los que en México se han organizado en honor de un literato; nada más conmovedor que este tributo de gloria a un poeta, al cual viene a ofrendar la generación nueva los homenajes de su amor.

Mi presencia en esta tribuna quiere de-

ciros que el nombre de Gutiérrez Nájera, es igualmente venerado en México como fuera de México. La identificación de sentimientos que con todos vosotros tiene quien, como yo, es americano de toda su América, y por lo tanto, mexicano de corazón, pero que resulta extranjero por cuestiones de geografía política, viene a significaros, que en toda América se admira y se conoce a Gutiérrez Nájera como a un maestro del verso, como un revolucionario, como uno de los primeros reformadores de la poesía en el continente.

Porque vengo a dar fe de ello con mi presencia y con mi palabra, es por lo que he aceptado el honor de ocupar esta tribuna. Gutiérrez Nájera surgió en un solemne momento histórico de la literatura mexicana: era el momento en que se imponía una reforma que cambiara los oropeles sensibleros del romanticismo ya caduco y decadente; una revolución que devolviera al verso su antigua elegancia y abriera nuevos campos para la explotación de los metros y los ritmos; un estremeci-

miento que hiciera brotar de las raíces recónditas del idioma, nuevas palabras y vocablos aletargados, que renaciendo á la luz dieran cabal y gallarda expresión al pensamiento. Para iniciar esa obra se esperaba al elegido, porque los elegidos surgen siempre en el momento en que pueden realizar una labor fecunda, en el momento en que, según la frase de Renán, «una inmensa espera invade las almas.» Manuel Gutiérrez Nájera fué el elegido. Apareció como un redentor amable, y con la sonrisa en los labios derribó los viejos ídolos, desterró el sectarismo en arte, mirificó la prosa y el verso con el prodigio de sus adjetivos y con la revelación de una nueva elegancia de la forma, y galvanizó el cadáver del viejo y puro clasicismo con el beso apasionado de sus Odas Breves.

Su labor artística fué de purificación y de innovación. Pero en el palenque de su credo artístico, en la famosa «Revista Azul» —que ya nadie, ni el más ilustre de los modernos herederos del poeta podría resucitar, porque los manifiestos literarios, lo mismo que los políticos, tienen su momento histórico,— abrió ampliamente las puertas á todos los que supieran entender y amar el arte, sin sectarismos, ni preferencias, ni privilegios de ningún género. El sabía que no se reforma una literatura con el látigo ni con la prédica escolástica, sino con el ejemplo y la tolerancia. Y pudo realizar una completa revolución en las letras mexicanas, porque declaró que su «programa se reducía á no tener programa,» y que únicamente cerraría el paso á aquellos «que al pisar alfombras las enlodan.»

Pero la labor reformadora de Gutiérrez Nájera no se limitó á su patria, sino que tuvo importancia continental, puesto que la América Española es una sola nación ingente, por la lengua, por la raza y por la historia. La crítica ha reconocido unáni-

memente que Gutiérrez Nájera fué, en compañía de Rubén Darío, Julián del Casal y José Martí, uno de los cuatro fundadores del modernismo. Y aquí cabe, señores, declarar, que lo que se llamó modernismo por una necesidad de designación, está lejos de indicar sectarismo ni limitación al pensamiento. Bastará con analizar la personalidad literaria, tan diversa, de los cuatro fundadores del modernismo en América, para comprender que el programa de esa escuela era tan amplio, que tuvo que resolverse, como declara Leopoldo Lugones, en «La conquista de la independencia intelectual.» En efecto, hemos llegado á suprimir absurdas limitaciones de escuela, y lo que hoy se pide al artista es que produzca belleza, sin preocuparnos de los procedimientos que siga para producirla. Hemos llegado á la época del arte libre.

He señalado ya, al hablar de Gutiérrez Nájera, que la labor de éste fué de purificación y de innovación. Tal fué también la de Casal, Darío y Martí, aunque cada cual la cumplió en su campo de acción y según su manera de entender el arte. Empero, para precisar el espíritu ecléctico y noble que presidía á los iniciadores de esa revolución, debo insistir en la faz de purificación de esa labor, haciendo la afirmación de que una de las glorias del modernismo, es haber resucitado muchos de los gallardos arreos de la forma clásica. La mayoría de las combinaciones métricas de Rubén Darío —que levantan estulto clamoreo entre los ignaros pontífices del estancamiento,— son hábiles resurrecciones de las que usaron los poetas españoles de los siglos de oro, combinaciones que han sido olvidadas, porque una de las tendencias lamentables del romanticismo fué la de sujetarse á ciertos metros anquilósicos y á una completa monotonía en los acentos prosódicos. Gutiérrez Nájera también despertó al clasicismo en sus Odas Breves,

donde se revela un bardo helénico, ebrio de belleza y de vino, de amor y de poesía. Es en esas odas donde para mí esplende en todo el prestigio de su intelecto privilegiado, en la plenitud de su asombroso numen poético, en la completa apoteosis de su temperamento y de su inspiración.

Gutiérrez Nájera, en la literatura del continente virgen, es un sol. Más que alumbrar, deslumbra. En toda América se le venera y se le admira, y por ello he venido aquí á cantar su gloria, porque mi voz quiere ser el eco de mi patria, de mi Quisqueya, donde tan reverentemente se pronuncia el nombre del poeta; mi voz quiere ser en este momento el eco de las tierras

fraternas de donde vengo, porque allí la poesía de Gutiérrez Nájera es un culto; quisiera ser, en fin, el eco formidable de nuestra América infeliz y gloriosa, que sabe unificarse en un mismo sentimiento para enaltecer á sus poetas, y evitar que se profanen sus nombres; de esa América, á la cual desearía ver siempre como una sola patria por el corazón y por el pensamiento, desde el Anáhuac hasta el Plata, para que después de sus tremendas caídas y de sus constantes sinsabores, se levante á ser la soberana del mundo en el ignoto porvenir!

He terminado.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

